

Enrique
González Rojo

Para deletrear
el infinito **III**
(1981-1985)

poesía completa
Tomo III



Enrique González Rojo



Por los siglos de los siglos

PAPELES PRIVADOS

Enrique González Rojo
POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS

Ediciones
PAPELES PRIVADOS

Para *Elías Nandino*

ODA A LA GOMA DE BORRAR

Gran cosa es tener la capacidad de retractarse.
Poseer el combustible necesario para dar marcha atrás.
Lucir la valentía de desdecirse,
humillar la petulancia
de pretender hablar desde el púlpito de la tinta,
con un ademán autocrítico
que transforma los dogmas
los yerros
la retórica
en un rebaño de virutas perfumadas.
Para desandar el camino
y darle nuevamente la palabra a la página en blanco,
se requiere de un delicado instrumento
que es, como la rueda
los grandes aeroplanos
y la caricia de la mujer amada
cuando la soledad nos cala hasta los huesos,
invento inapreciable.
¡Oh fe de erratas de mi lápiz!
Cernidor entre el trino y el resuello,
la palabra veraz y la que hilvana
las letras enmieladas del engaño.
¡Oh gran antologista de vivencias!
Yo te debo la astucia de anularle adjetivos
a las emociones sustantivas.
Te soy deudor de mi capacidad
de comenzar y comenzar
nuevamente desde cero.
Cuando vuelvo los ojos a la pluma
al lápiz
a la máquina
y después hacia ti
me quedo meditativo
y pienso

que el poeta
el verdadero
el grande
el profundo poeta
debe saber oír más las palabras de su goma
que las del artefacto con que escribe
porque los dioses están más cerca del silencio
que del barullo.

UNA VIRTUD ESPECIAL

Estoy a punto de dar con el secreto,
en la química de las letras,
para fraguar una poesía
con una virtud especial:
 explotar en las manos
 de ciertos lectores.

Veamos llegar a uno de éstos a la librería.
 Desciende de su automóvil.
Pasa con indiferencia
sobre los cuentos y la historia.
 Hace a un lado la novela y el teatro.
Se acerca con paso firme
al anaquel donde se exhiben
los libros de poesía.
 Atraviesa de largo sobre Cernuda.
 No quiere nada con Aleixandre.
 Gruñe su desagrado por Vallejo.
 Si pudiera escupiría
 sobre las Elegías Duinenses.

Ah, pero se para de golpe ante mi libro de poemas.
Lo hojea, siente su calorcito,
lee el índice.
Y se sabe atraído inexplicablemente
por los títulos que sueltan
su pregón desgañitado.
Ve el precio.
Compra el libro y se aleja hincándole los ojos.
Tres minutos después un estruendo y mi lector
queda convertido
en un conjunto de órganos externos masacrados,
en una ruina humeante;
en el comprador,
 por una módica suma,
de su muerte.

CONFIDENCIAS DE UN ÁRBOL

Cansado de que el viento me sacudiera con iracundia
de que se enseñoreara sobre mí

 decidí una madrugada
soltar deliberadamente una de mis hojas.

 Llevé todas mis energías
 mi coraje
 mi savia
 hacia el ramaje.

Y me deshice de una hoja verde y puntiaguda.

En realidad acabé por sacudírmela
 después de un gran esfuerzo.

Nadie fue testigo de la proeza.

El viento atravesaba entre mis ramas en ese mismo instante
y como desprendió varias de mis hojas

nadie podría haber imaginado

 en el caso de haberlo visto
que una de ellas
 entre las doce que perdí ese día

encarnaba

muy verde aún

la forma primera de mi libre arbitrio.

Decidí descansar, reponer mi fuerza

 tener frías, muy frías las sienes
meditar mi hazaña

 me sentí frente a los otros árboles
como el ángel que aletea orgullosamente
su diferencia con los hombres.

Pero al paso del tiempo

sentí la necesidad de obsequiarle a la botánica

con una nueva toma de decisión

otra avería.

Fue ya en la primavera.

Mis ramas se doblaban de tan llenas de flores.

Mas advertí que entre una flor y otra en una de mis ramas

había una distancia grande
un sitio desaprovechado.

Y me puse a pujar y pujar
hasta que de repente me brotó
una pequeña flor
más pura
blanca
y tierna
que las otras.

Mi felicidad fue mayúscula
y se llenó de gozo el corazón
si se puede hablar de corazón
en un ser que nunca se ha excitado
ni con las caricias eróticas del viento.

No soy
me dije

un árbol al que le **acaecen** flores
sino que **decide** flores.

Los pasos siguientes fueron más sencillos.
Que se me ocurriera crecer por ejemplo.

Me concentraba.
Pensaba en las nubes
y conquistaba uno o dos centímetros.

En la noche cuando no había ningún curioso
creaba frutos
los destuía
me los pasaba de una rama a otra
Y hasta descubí la manera
de hincarles el diente.

Llegó el momento
en que todo o casi todo
era producto de mi libertad
de mi opción
o de mi juego.

Soy un árbol que ha creado
su tronco
su ramaje
su clorofila
sus nudos
sus aves

sus gorjeos
y su sombra.
Pero nadie lo advierte porque
si decido crecer
se piensa
que la germinación me obliga a ello.
Si opto por florecer
por repujar mis ramas de pequeñísimos milagros
que la botánica es la responsable.
Aún más.
Creo que cuando tome mi principal decisión
no dejará de haber un leñador a mi vera
que haga en mano
haga pensar a todos
que fui vulgarmente derribado
y no que
hambriento de rumbos
concentré mis fuerzas
apreté los músculos
y di
mi primer paso.

TESTIMONIO

Yo me abstengo.
Que conste en el acta
mi protesta contra la mayoría
y la minoría.
Contra la mayoría que se pronuncia
por el arte llamado social.
Contra la minoría que lo hace por el llamado puro.
Yo me abstengo.
Yo voto con el brazo hacia abajo.
Yo voto porque no se vote.
Ya sé que la abstención no importa.
Pero que conste en acta.
Aunque mi rebeldía
represente un cero
muy a la izquierda.

POEMÁXIMO

Enrique González Rojo
deletrea el infinito
y sus amigosle dicen
¿en qué trabajas, Enrique?
 González Rojo
deletrea el infinito
y sus amigosle dicen
¿en qué trabajas, Enrique?
 González Rojo
deletrea el infinito
y sus amigosle dicen
¿en qué trabajas, Enrique?
 González Rojo
deletrea el infinito...

RECADO

Si preguntan por mis señas,
dícales, **Rosa**,
que vivo ahora en los ojos del gato.
Si se sorprenden,
si abren una interrogación con sus párpados,
dícales que ya me acostumbré,
que las incomodidades sólo vienen
a la hora de dormirme.
Si insisten
dícales que hasta voy a casarme
a pasar mi luna de miel
y tener mis hijos
mis libros
mis perros
y mis gatos
en los ojos del gato.

EN EL MERCADO

Entre el puesto de dulces
y el de verduras
se coloca el vendedor
de palabras.

Después de ordenar la mesa de sus productos
tender el toldo contra el sol
y acercarse la silla

se pone a pregonar:

¡Pase a comprar su palabra preferida!

¡Palabras narcotizantes para combatir
el dolor de muelas!

¡Palabras para la nostalgia crónica!

¡Palabras para escudarse de la agresión
de otras palabras!

Si un cliente se interesa por la mercancía
el vendedor aprehende con unas pinzas
la palabra seleccionada

la desempolva

la envuelve

y la entrega al comprador

acompañada de unas instrucciones
para su uso.

Hay vocablos en efecto

que deben ser dichos poco a poco
como deletreando la fuga
de la emoción saboreada.

Otros deben salir de golpe a la intemperie
con su breve bufanda de saliva al cuello.

Cuando termina el día
el mercader levanta su negocio.
Se echa su morral de vocablos a la espalda
y parte en busca de otros pueblos.

Por las noticias que nos han llegado
se puede asegurar
 que este vendedor
en unos pocos meses ha ido destruyendo
 punto por punto
 población tras población
grandes comarcas de silencio.

PRONÓSTICO

Cuando caiga en la calle,
en la esquina de **Furor** y **Emboscada**,
se escuchará de mis labios:
mis hijos, se llegó el momento de su viejo.
Extiéndanme en el piso.
Para morir deben ponerme aquí bajo las sienas
la más mullida de las piedras
y arroparme con mis propios estertores.
Tomen mi báculo.
Guárdenlo en el mismo sitio
en que, dobladas y planchadas,
esconderán mis sonrisas
mis recuerdos
mi terquedad de siempre
y mis debilidades.
Rodeen después mi cuerpo.
Apresen mis manos.
De vez en cuando interroguen a mi pulso.
Y cuando lleguen
con las mandíbulas abiertas
los segundos homicidas
ciérrenme los ojos
y vean cómo lentamente
se me va despellejando el nombre.

A LA SOMBRA DEL MILAGRO

En el vientre calcáreo del huevo
descubrió su pico.

Adquirió conciencia de él
al medir sus fuerzas con su primera
cárcel.

Dio con sus alas
cuando quebró el cascarón
del nido
y se hizo al aire.

Era un triunfo de la vida ensartando los puntos del espacio.

Nadie lo vio volar.
Una mujer anciana podría haberlo divisado
con sólo levantar los ojos.
Pero aunque comenzó
un cierto movimiento de las pupilas hacia arriba
la abeja que se electrizó en la magnolia
la distrajo otra vez.

Un fraile tuerto
podría haberlo visto con su único ojo.
No en vano se vivía
soltando desde el campanario
parvadas de sonidos.
Pero abstraído como estaba
nada advirtió en el cielo.
Ni la barrendera del hospicio,
ni las niñas de la escuela
ni el pordiosero azul que iba en pos de la rata
ni los cuatro violinistas que paseaban por la calle
lo vieron volar.

Tampoco nadie cayó en cuenta
cómo se quedó fijo en el espacio
terriblemente fijo en alguno de los poros del espacio.

Después la crisis la angustia la perplejidad.
Una infracción violenta
de las leyes físicas.
El pájaro coagulado en el aire a la mitad del pueblo
desordenó las ideas
desquició la vida de las gentes
e interrumpió el tránsito.

Hubo conmoción en el mundo.
Estupor en las iglesias.
Nerviosidad en las universidades.

Se intentó enganchar el pájaro detenido
con un anzuelo que colgaba desde el helicóptero.
Fracaso.
Se disparó una bala expansiva contra su cuerpo.
Fracaso.

La población se vio invadida
por un turismo inquieto y demandante.
La gente se hincaba de rodillas bajo el indudable prodigio.
Y se lloraba incansablemente a la sombra del milagro.

Después volvió a reinar la rutina.
Hasta llegar el momento en que ya nadie recordaba
el pájaro detenido en el aire
por los siglos de los siglos.

LAS ALAS DEL POETA

Ezra caminaba por el campo.
Su papel en el mundo era en ese momento
modificar a puntapiés
el sitio de las piedras.
Iba silbando.
Las manos en los bolsillos
y la sospecha,
 en un claro
de la flora y la fauna de su estómago,
de un apetito
recién nacido.

Ven Ezra. Le gritaron unas campesinas.
 Siéntate con nosotras.
Queremos compartir contigo
esta leche agria.
 Estos duraznos.
Estos bizcochos enmielados.

Él se detuvo pensativo.
Pero siguió de frente
retomando el hilo
de sus pensamientos,
de su trayecto
y de su silbido.

Aquí, Ezra. Le dijeron unos labriegos.
Ven a comer con nosotros.
Te hacemos un lugar para que goces
de esta longaniza
 de estos huevos
 de este vinillo blanco
 o de estas fresas
 con crema.

Aunque disminuyó la velocidad,
él siguió caminando
sin atender a la invitación.

Al llegar a su casa.
Hombres y mujeres departían en la mesa.
Y había una silla desocupada
que no podía ser sino el lugar
que ocupara habitualmente Ezra
para almorzar.

Ocupa tu sitio. Dijeron unos.
La sopa te aguarda. Chilló la madre.
Hay un guisado exquisito. Insinuó una de las primas.
Pero él no se detuvo.
Aún más. Apresuró el paso
y se encerró en su alcoba.

Vio para todos lados.
Desenvolvió el pañuelo
y descubrió el conjunto de mariposas que cazara ese día,
de mariposas de todos tamaños,
formas, colores y sabores.
Volvió a echar una mirada a su alrededor
y se llevó un puñado de ellas
a la boca...

DISCURSO DE JOSÉ REVUELTAS A LOS PERROS EN EL PARQUE HUNDIDO

Compañeros canes:

Aprovecho esta concentración
para tomar por asalto la palabra
y decirles mi desdén, mi resistencia, mi furia
por la vida de perros
a que se les ha sometido
y que ustedes aceptan
sumisamente
con una larga, peluda y roñosa
cobardía entre las patas
(animación en el parque).

Camaradas perros callejeros:

¿Van a continuar luchando unos con otros?
¿Van a rodear el hueso
el pobre hueso conquistado,
con la cerca de púas
del gruñido?
¿Y lanzarse a dentelladas
contra el que también vive las manos
del hambre
cerrándose en su cuello?

Ah mis pinches

mis bonitos perros:
¿qué pasó con la táctica?
¿dónde sus olfateos de dialéctica?
Cada uno de ustedes ha acabado por ser el ámbito
en que sólo las pulgas están organizadas
autogestivamente.

Algunos

(ya los conozco)
pretenden luchar
para que el número de Sociedades Protectoras de Animales

aumente al mismo ritmo
del crecimiento demográfico
de los perros.
Canallas.
Otros
por el mejor trabajo
de los veterinarios.
Sinvergüenzas.
Unos más
porque las vacunas antirrábicas
se repartan a pasto.
Farsantes
(murmullos de aprobación).

Camaradas perros:

Ustedes lo saben mejor que yo.
Lo espío ya en sus ojos:
hay que hacer a un lado la perrera egoísta
o el árbol por la individuación humedecido.
Desenterrar el hueso colectivo del atreverse.
Darle existencia histórica a las fauces
y soltar las tarascadas
en el número preciso requerido
para el triunfo.
Yo lo he soñado así.
En mi puño mi fuero interno mis lágrimas clandestinas
yo he pensado que llegará un día
camaradas
en que por fin no sea
el perro hombre del perro
(ladridos entusiastas).

Mas quiero algo decirles.
En esta lucha.
En este joderse.
En esta pasión
no vaya a ser que otros les coman el mandado.

No vaya a ser que los perros guardianes.
No vaya a ser que los perros de presa
o los perros policía.
No vaya a ser que los canes cultivados
los que cuelgan su rosal de ladridos

en medio de los jardines.
No vaya a ser que los advenedizos
los que sólo hasta ahora merodean
a sus propias mandíbulas y dientes.
No vaya a ser.
No vaya a ser que aquéllos
cuando ustedes destruyan este mundo
se erijan en los nuevos mandarines
chorreantes de colmillos
y que ustedes se queden
sufriendo nuevamente
su existencia de perros
(aullidos exaltados).

José guardó silencio.
Bajó del montículo que le servía de estrado.
Y una insinuante perra que atravesó la calle
le dio en la madre al mitin
a la pálida flor de la justicia
a la solemnidad del crepúsculo
y a la conciencia de clase
que fugaz
se había encendido
en esta efímera concentración
de perros callejeros.

HACIENDO MEMORIA

Bien, empecemos por ahí:

lo que pasaba

es que no puedo soportar

la calvicie

de las uvas.

Cuando el hombre de las llaves

me miró con disgusto

y me arrebató de las manos

lo que me traía entre ellas,

no comprendió,

como siempre,

que yo no puedo soportar

la calvicie

de las uvas.

No puede comprender mi horror por la jornada

que fue desde las cabelleras castañas

rubias

diminutas

que salían de mis manos

(preparadas amorosamente)

hasta dar de golpe con los electrochoques

en la casa de la risa.

INVASORES

El viernes a las cinco a.m. varios individuos
cayeron en cuenta
de que se había suspendido
la ley de la causalidad.
Divisaron al manzano soltar sus frutos,
mas los vieron caer
distráidos,
como copos de nieve.
Sintieron que aunque el viento soplaba furiosamente,
el polvo del camino permanecía impávido,
terco, indiferente, inmóvil.
Las azalias y los tulipanes
crecieron hacia abajo
convirtiendo en cajas fuertes a sus tallos.
En un descuido de lo imposible,
un gato pudo alcanzar su cola.
En un lejano gabinete
un hombre empeñoso
le halló la cuadratura al círculo
y se puso a inflar pequeños globos
para jugar a los dados.
No pocos advirtieron
la indecisión de una llovizna
al quedarse dos horas sin caer a la tierra
aproximadamente a dos metros del piso.

A las doce a.m. muchos se dieron cuenta
que una causa provocaba efectos sorprendentes.
Un carpintero tomó el metro para ir a su trabajo
y se bajó en su adolescencia.
Los perros crecían a cada ladrido
y decrecían al moverse:
perros ya de la estatura de un mastodonte
volvían a su primitivo tamaño al caminar

silenciosamente.
Y perros andariegos
que iban en pos de los cuatro huesos cardinales,
acababan por desaparecer.
Un alambrita pudo deambular en torno del alambre
con sólo un cosquilleo de temor
en los zapatos, mientras la ley de gravedad
gemía,
derrotada,
en un bote de basura.

A las seis p.m. multitudes completas advirtieron
la enorme sucesión de efectos sin causa.
Una muchacha
orgullosa de sus senos como la que más
al quitarse el brassier
comprobó que escondía en su pecho
dos rompecabezas de hijos.
Un asesino enterraba
sólo palabras dulces en su víctima.
En Nueva York, en Moscú y en la ciudad de México
hubo una lentísima invasión de cocodrilos.
Los poetas cambiaban de estilo literario
cada vez que tosían.
Todos los individuos de raza negra
regados por el mundo
vomitaron al iniciarse la noche.
Un profesor de matemáticas que caminaba
tranquilamente por la calle
se detuvo de pronto
asustado por el crecimiento de sus testículos
hasta que, reventando,
salpicaron de números las paredes.
Una mujer, tras de acariciar un gato,
se quedó con una mano ronroneante
y deseos de jugar al ajedrez
con el hombre más triste del mundo.
Dos ejércitos en lucha
suspendieron la refriega
y cada soldado se puso a masturbarse.

A las doce p.m. todos supieron que el mundo
desde aquella madrugada

había sido conquistado
por seres innombrables,
y que después de varias pláticas,
negociaciones,
portazos,
sonrisas
y esclarecimientos
se enteraron de que los colonizadores provenían
de un mundo lejano,
perdido en algún suburbio cósmico,
donde había logrado la imaginación
tomar el poder
por vez primera.

SÍNTESIS

En el vientre del tallo,
tras el aéreo coito
de la mosca con la flor,
nació, como fruto,
la extraña criatura.

La **florosca**,
si hemos de darle algún nombre,
comenzó, desde sus primeros aleteos,
a develar los sorprendentes rasgos
de su naturaleza.

Dejó de estar clavada
en un Jugar del espacio, a la espera
de que se le desbordase
todo su tiempo.

Tomó, en efecto, por asalto la atmósfera.
Entró como Pedro por su casa en el aire.
Era una flor que se paraba en los muros,
las ventanas y las alacenas.
Que escondía los huevecillos de la comezón
en la frente de la mujer amada.
Aprendió además a emitir entre sus pétalos
un sonoro zumbido de color morado
para advertir al miope
de su angelical presencia.

Se podría decir
que, a diferencia del clavel y la petunia,
la magnolia y la orquídea
(que aun editando a todo lujo la belleza
ignoran la forma de distribuirla),
ella, la **florosca**,
llevaba la hermosura a los cuatro
puntos cardinales.

Era, desde luego, una flor hosca
a cualquier atrevimiento de las manos.

Y a diferencia de las flores tímidas y humildes
que, doblgando la cerviz,
aguardaban la previsible
arbitrariedad de diez uñas,
vivía siempre con un ojo al gato
y centenares de otros al esbozo
que rubrica en el aire
el ademán humano.

Pero también era una mosca perfumada,
un insecto huele de noche,
una bestezuela revolcada en polvo de oro.
Algo así como un pequeño engendro
que hubiera vivido eternamente
en un salón de belleza.

Petaleaba con elegancia indecible
haciendo que los colibríes se escondieran
en el poro del aire de su exacto
sentimiento de inferioridad.

Era una mosca que embarneceía
al contacto con la lluvia
produciendo microscópicos frutos bajo el ala.

Tenía sin embargo los segundos contados.
Si algo encerraba en su capullo
era la palabra efímero.

Y al abrir su corola, ese vocablo
se mostraba enhiesto y dominante,
causa de que la mosca
a mitad de esta página
haya de pronto sufrido
un desfalco de cielo
sin poder escapar al impulso
con que cerré violentamente este tomo.

Y después, al tornar a abrirlo,
me encontré que, aplastada
a lo largo de la hoja de papel,
se había transfigurado en estos versos.

DE DIEZ EN FONDO

Los hombres estaban esperando de un momento a otro
la invasión de los árboles.

Al principio no lo querían creer.

"Son imaginaciones del loco del pueblo", decían entre sí.

El sacerdote tuvo que interrumpir el martes
su discurso sagrado para calmar los ánimos
y lanzar denuestos contra
todas las supercherías de último momento.

No obstante, los rumores continuaban.

"A mí me tiró un eucalipto al agua",
afirmaba la niña Carmela, con los ojos humedecidos
todavía por el estanque.

"Fíjate, mamá (decía desde sus cinco años
el hijo de doña Lupe),
el pino de la casa de enfrente
me arroja ramas
cada vez que paso a su lado".

El rumor se convirtió en convencimiento
cuando apareció descuartizado en la selva
el viejo leñador.

El temor creció de punto
cuando ya fueron casi todos
los que oyeron las canciones guerreras
que salían de los oscuros del bosque;
cuando las viejas se escondían debajo de la cama,
las madres gemían,
los niños temblaban,
los hombres sentían la fiebre en vez de frente;
cuando todos cayeron en cuenta
que los árboles de la jungla,
los parques y jardines
cambiaban de lugar,
habían aprendido a dar los primeros pasos.

La madera atendió al llamado de los árboles.

"Un caso de solidaridad", alguien se dijo.

La primera protesta tuvo lugar en un leño
que iba a ser inmolado en la chimenea.

Le nacieron fauces
y se defendió a tarascadas
de la mano que lo llevaba al fuego.
Todos los lápices de la región se inmovilizaron a mitad de la página.
El pájaro carpintero pasó a formar parte del ejército de reserva.

El viernes todas las casas de madera
amanecieron derruidas.
En verdad, en verdad os digo
que la madera no podía olvidar
el día en que fue crucificada
junto con Cristo.
Al principio del mes fatídico
todo el mundo sintió las manos astilladas.
Ernesto por que estuvo fumando su pipa de cedro.
La abuela Dolores
porque se decidió a barrer en la mañana.
Clementina, la maestra,
porque usó la regla en la mano
de alguien que no podía retener las voces
que le salían por el codo.
El alcalde porque golpeó colérico
en la mesa de las negociaciones.

De diez en fondo,
por el norte y el sur,
al este y al oeste,
los árboles se movieron.
No dieron una raíz en falso.
Cuando los hombres empezaron a fabricar sus barricadas,
sus escudos inocentes de tierra,
se diría que estaban ya cavando sus fosas.

Al final,
los árboles,
magnánimos,
hicieron una concesión:
consintieron en que una parte de su madera
fuera utilizada para hacer
la larga,
interminable,
infinita
hilera de ataúdes.

EL SEMEN OSCURO DE LA MUERTE

Todo comenzó con el dedo meñique,
con el benjamín de la lujuria.
Al estarme sacudiendo la mano
después de lavarla,
sentí de repente
que también me sacudía
una gota de tacto.
En el centro mismo de mi yema,
nada de sensaciones,
como si un pequeño cíclope hubiera enceguecido.
Busqué entonces un alfiler,
pero nada. Pero nada.

Después fue el hombro derecho
corno si cargara
un ala, una mujer o un niño
con el semen oscuro de la muerte
untado en su epidermis.

Un día, en una estación del Metro,
en que se apaciguan o desatan
los huracanes subterráneos,
mi amigo Guillermo corrió a saludarme.
Y me dio unas palmadas cariñosas
en el hombro.

Pero yo no sentí ni las palmadas
ni el hombro
ni a mi amigo Guillermo.

Después esa anestesia se enseñoreó en mis piernas.
Fue ensartando poros y poros en progresión de cáncer.
Luego fueron los ojos,
el vientre,
los brazos,
las orejas,
el pecho
y mi cuerpo completo.

Los pellizcos que iban de un lado a otro
perdieron la cabeza.
Una erección del miembro
era como enarbolar el asta de la muerte.

Yo oía, gustaba, olía y miraba.
Pero nada sentía.
El cuádruple balar de mis sentidos
se lanzaba a la busca inútilmente
de su hermano extraviado.
No me hubiera importado si alguien en ese instante
hubiera decretado mi crucifixión.

Fue entonces cuando me diste el sí.

CRÓNICA DE MI TALÓN DE AQUILES

Una vez descubrí,
a la mitad de mi jardín,
un agujero.
Un momento, detengámonos, hay que ir lentamente.
Un agujero:
seis por seis milímetros,
digamos: el culo de una alondra.
Pequeño, insignificante
como si ahí hubiera introducido yo este lápiz con que escribo.
¿Por qué me llamó la atención?
¿Lanzaba bocanadas de humo,
era el húmedo túnel de un gusano,
se le derramaban las hormigas?

Como si fuera una planta,
lo empecé a regar, a cuidarlo amorosamente.
Con el agua
empezó a crecer,
como un embrión de fosa.
Le nacieron ramas oscuras.
Era un señor, pero un señor agujero.
Pude meter un pie
y tener por calzado mi jardín.
Pude meterlo y ser un árbol.
Pude meter la mano
como una raíz inquisitiva.

Y al final, me pude
meter yo enteramente,
como si la tierra fuera
un ataúd infinito.

Mas la oquedad crecía.

Callarlo, hay que callarlo.
No lo digan a nadie,
pero ocupa ya la mitad de mi jardín.
Y está a punto de devorar
mi automóvil,
mis libros
y mi casa.
Con razón nació siendo del tamaño de un punto final.

INVITACIÓN

Con la caña en las manos, la carnada
de la paciencia puesta entre las sienas,
pesco dentro de mí, pesco en el lago
de mí vida interior, mi ser de niño.
Lo saco lentamente. Lo contemplo
roto, enlamado, viejo.
Le doy respiración artificial.
Lucho por conquistarlo,
le pregunto a las fosas nasales de su pulso.
Se anima poco a poco. Poco a poco.
Lo acorralo en sus sílabas primeras.
Entiendo su dolor. Oigo su grito.
Hojeo lentamente sus sonrisas.
Me aprendo de memoria la secuencia
de sus respiraciones.

Hoy hay fiesta en mi pecho.
Se invita a los adultos
que gustan del deporte de la pesca.

MILITANCIA EN LA NEGRURA

¿Un defecto, una capacidad envidiable?
No sé; pero desde hace unos días
ejerczo la profesión del sonambulismo.
Todo empezó cuando me di a hablar entre sueños,
cuando en medio de mi cuerpo dormido,
mi lengua y sólo mi lengua,
viviendo su jaqueca de saliva, padecía de insomnio.
Pequeños poemas, con sus patas de pájaro, salían de mi boca.
Como si tuviera la lengua al revés,
bosquejé un soliloquio amedrentado,
temeroso de que alguien le pusiera
la camisa de fuerza a mis palabras.

Mi primera aventura importante fue sin embargo
levantarme del lecho,
alzar en vilo mis pesadillas,
brindarle dos sandalias a una mente
acurrucada allá tras de los párpados.
El siguiente paso fue viajar alrededor de la cama,
descender por un lado, subir por el opuesto,
como los hijos pródigos que se hallan
condenados a hacer, en redor de su madre,
siempre un viaje redondo,
o como si tuviera
un complejo de Edipo
con el chorro de leche de las sábanas.

La incursión siguiente fue la temeridad:
me hizo abandonar el cuarto,
cruzar los corredores,
llegar hasta la mesa,
tomar un vaso
y soltar un aguacero hacia mi estómago
hasta no dejar más que uno que otro charco de sed
allá en mi entraña.

¿Un defecto, una capacidad envidiable?
No sé. Pero me alejo cada vez más de mi alcoba
y del mueble narcótico que ejerce

ahí su monarquía.
Si sigo así,
si ya no torno a mi cuarto a despertarme,
a encontrarme mis ojos en la almohada,
tendré que ser consciente
de que estoy aprendiendo a dar mis primeros pasos
de fantasma.

LA HERENCIA

Voy a decirlo:
mis padres me dejaron,
en su testamento,
de herencia
a Dios.

Yo nunca tuve un ángel de la guarda,
un recio guardaespaldas de incienso.
Yo te tenía a ti,
oh Dios,
tenía mi Dios custodio.
Eras un Dios a la rústica,
sencillo,
zurcido a mi creencia.

Yo creía en ti hasta que un día,
Rey Eterno,
dejado de las manos de Enrique,
te fuiste entre mis dedos desmoronando.
Entonces,
a codazos pretendí abrirme paso entre la gente
para subir al púlpito
y predicar la nada.
Sí, Señor, como lo oyes.

Y es que,
en el más allá del templo,
de la hostia y la creencia,
no puedes, mi Señor,
medir con la materia
tus fuerzas.

GULLIVER EN EL PAÍS DE LAS METÁFORAS

Gulliver abandonó su barco.
A nado se llegó a la costa.
Y después de un buen tiempo,
dejó el mar a sus espaldas.
Se puso a descansar.
Y lentamente cayó en cuenta de su entorno:
el País de las Metáforas.
Era de noche.
Y logró avistar
el cielo ambiente que unificaba
el discurso de luz de cada estrella.
Telescopió sus ojos y advirtió
que entre tantas galaxias
poco a poco se iba quedando en miedo
de lo ignorado.
Se sintió a mitad de la naturaleza
donde era esa aguja
que, hallándose extraviada, también pierde la cabeza
al darse cuenta
del pajar infinito circundante.
Y cayó en el más profundo sueño.
Mas, con el amanecer,
cuando el canto del gallo le dio palmadas,
abrió los párpados
y lo primero que descubrió
fue un pelotón de rosas,
con su perfume al hombro,
conquistando el jardín; pero invadiéndolo
armado de inocencia hasta los dientes.

Gulliver caminó.
Y divisó a lo lejos el bestiario
del País de las Metáforas.
Advirtió que, ante el calor del peligro,
las ardillas se evaporan hacia los más altos sitios,

a la altura en que florece
en el árbol la confianza.
Miró también que el cangrejo,
con el hilo de su prisa,
ensarta los agujeros de la arena,
no perdió de vista al rinoceronte
que cuelga de la percha neurótica del cuerno
todo su repertorio de corajes
y percibió a lo lejos que en el monte
hay ardillas, serpientes, comadrejas,
lombrices y un etcétera de hormigas.
Fue, pues, el testigo de toda una jauría de metáforas.
Las vio. Las paladeó con los ojos.
Y es que hay hombres que se encogen hasta ser
solamente una mirada.
Son los mismos que,
al acabar un ocaso que luciera el mejor de los elencos,
corren a que se les haga un tatuaje del crepúsculo
en el pecho.

Llegó entonces la tarde,
la luz que cabecea.
Y entonces a Gulliver se le vuelven vivencias
las metáforas.
Ya no las ve. Las vive. Las revive:
cuando el hombre cae en cuenta
de lo pesado que a veces resulta el aire;
y siente que sus músculos
son almacenes de anemia;
cuando advierte que las matemáticas que sabe
sólo le sirven para conocer
que tiene las horas contadas;
cuando se ve asediado
por las mandíbulas del cáncer
o por el antropófago lecho mortuorio;
cuando se sabe huérfano,
temeroso,
solitario,
como el niño que se vive
el hijo pródigo del vientre materno,
entonces
se pone de pie,
da un salto,

conquista el más allá,
pierde sus límites,
se llama superhombre
y se tutea
con todos los milagros.

Gulliver ve las metáforas.
Las vive.
Las edifica.
Se le salen hasta por los codos.
Inventa un geranio.
Decreta vida eterna para el lirio.
Hace su colección de mariposas
a partir del ademán
con que una mujer lo llama.

Siente que las metáforas lo acosan,
lo esclavizan.
Se sufre mordisqueado por los tropos.
Ahogado por las metonimias.
La perífrasis halla que su cuello
yergue lo vulnerable.
Huye de infinidad de sinécdoques venenosas
y apócopes que dan su tarascada
a los vocablos.

Vive todo su cuerpo invadido de metáforas.
Metáforas reptiles. Metáforas tarántulas. Metáforas erizos.
No hay un poro de su epidermis que no esté cubierto
por esas sanguijuelas de Dios.
Se las arranca una por una,
dolorosamente.
Las pisa,
las machaca.
Cuando vuelan en torno de su rostro,
las espanta
con furiosos manotazos.
Y penosa, pero con pie firme,
se aproxima a la costa,
a la arena
(que no es el hormiguero de gránulos calientes
que amedrenta los pies,
sino tan sólo arena),

al mar que es un océano,
al buque que es un buque,
y dejando a sus espaldas la perpetua
perturbación de las metáforas,
pone a salvo su cuerpo que es un cuerpo,
sus manos que son manos, sus ojos
que son ojos
y su yo que es el de siempre:
el yo de alguien llamado
Gulliver de los pies a la cabeza.